## **Tenemos poco caletre,** *el relato, doc. n°3.*

La vida en la ciudad se volvió imposible. El aire estaba viciado como nunca lo había estado. Salir a la calle, ¡ni hablar! Abrir las ventanas, ¡ni de broma! Quedarse un rato en el jardín, ¡ni lo sueñes! Fueron muchos los que ya se fueron del lugar por la contaminación, pero los había que optaron por quedarse a pesar de los riesgos a los que se exponían día tras día.

Hacía la tira de años que el señor Bernat vivía en esta ciudad. No le gustaba para nada el campo por ser aburrido. Solía comentar que prefería el ajetreo de su ciudad natal al silencio de la naturaleza. Aquel día no era un día cualquiera: la contaminación del aire había alcanzado un nivel brutal, muy dañino para los vecinos y en la radio, las Autoridades sanitarias recomendaban a la población que se quedara encerrada en casa. El señor Bernat estaba hecho papilla: ni siquiera podía respirar y le dolían los pulmones. Le pareció que estaba en trance de muerte. “La situación está que arde. No puedo quedarme así sin hacer nada” se dijo a sí mismo. Y se le vio camino a la consulta del médico con la cara descompuesta.

El médico le pidió que se desvistiera y reconociéndolo, se dio cuenta de que la cosa pintaba mal: el señor Bernat tenía los pulmones destrozados por las partículas de contaminación, lo cual explicaba la tos que le abrumaba día y noche. Estaba enfermo de gravedad y su temperatura no estaba dentro de lo normal. ‘Le voy a recetar unos comprimidos, señor Bernat’ le dijo y ‘tendrá que guardar cama una semana’. El enfermo se quedó sin rechistar: no podía ni hablar.

Se dirigió a la farmacia. Le dio la receta al farmacéutico que no tardó en traerle el frasco de comprimidos que todos compraban para curarse. Era la medicina mágica que se vendía como rosquillas. “Se sentirá mejor dentro de unas horas”, le comentó.

El señor Bernat regresó a casa pasando por las calles de la muerte. Lo que no sabía era que los comprimidos los elaboraba una fábrica que echaba humo y gases nocivos por encima de la ciudad. Esta medicina y la contaminación son como la pescadilla que se muerde la cola.